

Manatí, Puerto Rico,

a 28 de mayo, 1941

Sr. D. Roberto H. Todd,

San Juan de Puerto Rico.-

Mi estimado D. Roberto:

Su carta de usted, incluyéndome copia de la suya a mi buen amigo D. Antonio Velez Alvarado, recibida hoy, a mi llegada aquí de uno de mis viajes por la isla, ha sido una desagradable sorpresa. Tanto que, no obstante ser media noche, quiero dejarla contestada antes de salir por la mañana nuevamente para el interior.

El viejo feudo entre usted y D. Antonio ha sido siempre motivo de hondo disgusto para mí; y lo es más ahora, que conozco hasta donde puede llegar el mutuo prejuicio entre hombres que juntos defendieron una misma causa y entre quienes debiera reinar la armonía o, al menos, un decoroso respeto, como corresponde a personas de vuestra calidad y años. Usted perdone, amigo Dr. Roberto, si soy un tanto abrupto en mis juicios; pero mi norma es la franqueza, como usted sabe y todo nace, además, del buen deseo. Es usted hombre de muchos más años que yo y me sentaría mal aconsejarle, cuando a esos años va unido un caudal de experiencia y de ejecutorias como el suyo. Pero créame, que para bien de todos, creo que esa situación no debe continuar y que ha de haber alguna manera pacífica de terminarla. Por mi parte, estoy a sus órdenes, como estoy por supuesto a las de D. Antonio, para que cese la animosidad de parte de ambos.

Puedo asegurarle, D. Roberto, que yo no tengo interés en la parte histórica -no más de un interés secundario- ni en la cuestión de la parte de "gloria" que pueda tocar a uno u otro. Pero de igual manera, quiero asegurarle, que me interesa hondamente el porvenir de nuestra Bandera y de todo lo que ella significa para hombres que como yo, hemos antepuesto el servicio a un ideal levantado a toda consideración de conveniencia o bienestar personal.

Imagínese usted nuestra situación: somos hombres que estamos meramente "tolerados" y es cosa aceptada que nuestros días en la calle están contados, especialmente desde el día de ayer. Yo vivo en plena conciencia de eso; pero ello en nada altera mi firme decisión de cumplir con mi deber como lo siento y lo veo, poco importan las consecuencias. Padecemos persecución más o menos velada; usted mismo fué testigo hace poco tiempo de uno de esos casos, en el que fuí objeto de ella. Si usted me conoció en el tiempo que ha durado nuestra amistad, debe saber que soy hombre incapaz de incurrir en tonterías como la que me achacaron. Sabemos -yo por mi parte hablo- que un buen día terminará nuestra libertad individual, como han terminado

otras ventajas más menos importantes que gozábamos. Pues bien, ¿que le parece a usted si, encima de todo eso, tenemos que contender con diferencias de la naturaleza de este asunto y pelearnos con personas que nos merecen estimación, y ~~pero~~ que participan siquiera en parte de nuestras ideas, cuando el enemigo es uno sólo y nuestras armas no saben dirigirse sino al frente?

Le voy a confesar a usted que para nosotros, el momento actual es único y no estamos dispuestos a desaprovecharlo, cueste lo que cueste. Y en momentos como este, es duro tener que defender una Bandera, en la que encarnamos nuestro ideal, contra quien no puede ni debe ser su enemigo. Por mi parte, le repito, la cuestión histórica es secundaria. Lo de grande, tremenda importancia, es lo que esa bandera puede representar en el momento presente y lo que con ella podemos hacer... Y eso no importa que lo sepa quien quiera, pues todo lo haremos a ojos vistos y sin escondernos, pues en nuestro pequeño medio, yo no creo en la conspiración.

La labor que yo he hecho -mi humilde labor de pluma, se entiende-, es verdad, no se ha basado en legajos ni en documentos; pero por el momento, yo creo oportuno y conveniente prescindir de esas cosas, cuando lo que tenemos in mente es mucho más alto, mucho más, que el mero interés bibliográfico. Y además, va de por hecho que D. Antonio me merece un alto concepto, que justifica lo que sé de su vida.

Me parece que algo debemos hacer para dejar de lado estas diferencias intrascendentes, por lo menos ahora que estamos en plena lucha y en pleno peligro a nuestra libertad personal. Nuestro momento de historiar llegará, sin duda: después que hayamos hecho nuestra historia, la historia de este pobre pueblo nuestro.

Pienso ir el lunes por la Capital y espero estar en la Redacción de El Mundo después de comer. Y me gustaría verle sobre el particular, si es que a usted le viene bien.

Como siempre a sus órdenes y hasta la vista, quedo

muy suyo con toda consideración,

*A. Escamilla Cueto*